

## PARTE I

**E**N LOS ÚLTIMOS VEINTE años he realizado siete viajes desde Los Ángeles a Nueva York y una visita memorable a Europa. Hice estos viajes por motivos estrictamente comerciales y siempre con una espada de Damocles sobre mi cabeza. No hay que sorprenderse, pues, de que viviendo en Los Ángeles durante todo este tiempo, haya sido una víctima fácil de lamentables episodios sentimentales. Y de aquí provienen todas mis desgracias.

La desilusión del amor, junto a la fama y la fortuna, me han dejado, de alguna forma, apático. Parece trivial, pero necesito salir de mi trabajo ya que, después de veinte años, se está convirtiendo en algo más bien fastidioso. Necesito estímulos emocionales.

Estoy cansado del amor y, como todo ser egocéntrico, me vuelvo sobre mí mismo. Necesito volver de nuevo a mi juventud, recuperar las costumbres y las sensaciones de mi niñez, ya tan remotas —tan irreales— que parecen un sueño. Necesito invertir el tiempo, aventurarme en el borroso pasado y traerlo a un primer plano.

Inquieto por esta aventura, me he comprado unos callejeros de Londres y aquí, en mi casa de California, trazo las líneas de los caminos que me traen a la memoria lugares que forman parte de mí desde que era niño.

Los muros de las fábricas que me deprimían, las casas que me amenazaban, los puentes que me entristecían. Querría captar, en cualquier caso, algo de las alegrías y de las desgracias del pasado. Ver el orfanato en donde, con cinco años, viví durante dos largos años. ¡Aquellos días fríos con neblina en el patio de recreo! ¡Aquel vestíbulo donde nos refugiábamos en los días de lluvia pegados a los calefactores! El gran comedor con sus largas mesas y el olor a manteca rancia que nos llegaba de la cocina...

Estos recuerdos me han marcado y quiero que permanezcan en mi cabeza antes de que sea demasiado tarde. Algo puede suceder en cualquier momento. A lo mejor derriban la escuela. No podría soportar otra decepción.

Mi primer viaje a Inglaterra fue desilusionante. No por la recepción. Al contrario. Los amigos, la gente, fueron amables conmigo. Pero hubo otro aspecto que tengo que explicar.

Es necesario hacer una pausa y retrotraerse hasta un joven miserable representando un papelucho en un vodevil. En aquellos días la vida era muy solitaria. Mis relaciones eran limitadas. Necesitaba más que lo que mi entorno me podía ofrecer. Eran días de melancolía, sin romanticismo ni belleza, hasta que una noche de agosto ocurrió algo.

Estábamos trabajando en un teatro de barrio y esperaba mi turno de pie. Un grupo de chicas bailaba, cuando una de ellas resbaló y las demás rieron. Especialmente una morena de grandes ojos sonrientes. Se volvió hacia donde yo estaba,

cruzamos nuestras miradas. Nunca olvidaré su belleza. Me quedé de una pieza. Se dio cuenta de mi admiración, pues su sonrisa se tornó picarona. Cuando fue a cambiarse, me dijo que si no me importaba guardarle el chal. Olía a lavanda. Desde entonces es mi perfume favorito. Cuando terminó, vino a por él.

«Gracias», me dijo, y ambos sonreímos; pero llegó el gerente y el hechizo se evaporó.

«Vamos, chicas, se hace tarde.» Trabajaban en otro teatro y fue a recoger sus cosas.

«Déjame que te ayude», le dije, cogiendo la caja de maquillaje y abriéndole la puerta de salida.

«Te veré mañana por la noche», afirmó con ansiedad.

Sólo pude mover la cabeza, no confiaba en mi voz. Al salir se volvió ligeramente y me dijo en un susurro: «No lo olvides».

«¿Olvidarlo? ¡Jamás!», le contesté.

Fue el comienzo. Cada noche nos veíamos un rato. Nunca durante el día, ambos estábamos ocupados con los ensayos, y así quedamos en encontrarnos en Kennington Gate, el domingo a las cuatro de la tarde.

Me vestí para la ocasión con un doble alfiler de corbata, sombrero, guantes y bastón. Palpaba con impaciencia mis treinta chelines.

Era el típico domingo. Billetes usados de tranvía ensuciaban las calles desangeladas, y algunas hojas de periódico corrían a merced del viento. Eran las cuatro menos cuatro minutos. Me preguntaba qué aspecto tendría sin su maquillaje teatral. Por más que lo intentaba, no era capaz de visualizar

sus facciones. Cuanto más me esforzaba, más vagas eran mis impresiones. ¡Quizá lejos del escenario no fuera tan bonita!

Por fin vi a alguien que se parecía a ella. Cuanto más se acercaba, mi corazón más se iba ahogando. No quedaba ningún rastro de la belleza que había imaginado. Qué decepción; pero seguía dispuesto a besarla. Tengo que dar la impresión de que me gusta, pensé; sería cruel dar muestras de estar desilusionado.

Ya estaba muy cerca. Se dirigía a mí. Empecé a sonreír, pero ella volvió la cabeza y pasó de largo. ¡No era ella! ¡A Dios gracias, no era ella! Respiré aliviado. El suspense había sido terrible. Pasaba un minuto de las cuatro.

Un tranvía se paró. Los viajeros bajaron. Al final, una muchacha delgada, con una chaqueta azul y de radiante belleza se acercó con ligereza hacia mí. La reconocí enseguida. Era Hetty, más bonita que como la había soñado. ¡Qué día tan espléndido!

Esa noche, después de dejarla en su casa, me fui a pasear por los diques del Támesis. Totalmente embriagado por la emoción, quería dar rienda suelta a mi felicidad, hacer algo. Tenía aún diecinueve chelines en el bolsillo. Me llevé a una panda de mendigos a un café próximo y los invité a té y bocadillos hasta que se me acabó el dinero. Así reacciona un joven enamorado.

Lo que sucedió fue inevitable. Al fin y al cabo, aunque el episodio no era más que una atracción infantil para ella, sin embargo para mí era el comienzo de un desarrollo espiritual, de una búsqueda de la belleza. Supongo que debí agobiarla con mis excesivas atenciones, pues rápidamente se cansó de mí y cada uno se fue por su lado; yo me fui por el miserable

camino de un amor juvenil no correspondido; ella se marcharía de gira por el continente más tarde con su compañía y la perdí de vista durante dos años. Pero la siguiente vez que nos vimos fue curiosa.

Cruzaba por Piccadilly cuando el frenazo de un coche me hizo volver la cabeza, una limusina había frenado bruscamente; una pequeña mano enguantada me saludaba desde la ventanilla. Debe de ser una equivocación, pensaba, cuando una inimitable voz me llamó: «¡Charlie!». Al aproximarme, la puerta del coche se abrió y apareció Hetty, que me había reconocido. Había dejado la compañía y estaba viviendo en el continente con su hermana. Oh, sí, su hermana se había casado con un multimillonario americano. Me contó todo mientras íbamos en el coche.

«Y ahora dime algo de ti», me dijo mirándome amablemente.

«Hay poco que contar», contesté. «Estoy haciendo lo mismo; el mismo payaso intentando hacer reír. Creo que probaré suerte en los Estados Unidos...».

«Entonces te veré allí», me interrumpió.

«Oh, sí, fijaré la fecha con mi secretaria», le respondí irónicamente, riendo.

«Lo que quiero decir», insistió, «es que he pensado mucho en ti desde aquellos días».

De nuevo me sentí en el paraíso, aunque en el fondo de mi mente sabía que ahora tenía menos esperanzas que antes. Pasamos la tarde visitando a su hermano y a su madre. Hetty salía al día siguiente para París. Nos dijimos adiós y prometimos escribirnos. Pero, después de una carta, ella dejó de hacerlo. Un tiempo después me fui a los Estados Unidos.

Al poco de estar allí leí que también había llegado con su hermana. La idea de verla me turbaba. Su estatus actual agrandaba mi complejo de inferioridad. Aun así, paseé varias veces por la Quinta Avenida, donde se alojaba, para ver si me la tropezaba por casualidad, pero no sucedió nada. Dejé de pensar en poder encontrarla otra vez.

Entonces, llegó mi éxito en la industria del cine y mi repentina popularidad. Fui a Nueva York para firmar un contrato de un millón de dólares. Pensaba que ahora sería la oportunidad de encontrármela de nuevo, pero, de algún modo, no pude hacerlo. No podía ir a su casa ni enviarle una carta. Soy demasiado tímido. Sin embargo, permanecí en Nueva York esperando verla.

Un periódico de Nueva York encabezaba un reportaje con este titular: «Chaplin está escondido. No se le encuentra por ninguna parte». Nada de eso: si se hubiesen fijado en un taxi esperando frente a un edificio de la Quinta Avenida, habrían resuelto fácilmente el misterio.

Finalmente, pude llegar hasta ella a través de su hermano. Lo invité a cenar. Conocía mi devoción por su hermana pero era un poco tímido para hablar de ella, así que la conversación se centró sobre el negocio del cine.

En un momento dado, abordé la cuestión. «¿Y cómo está su hermana?»

«Oh, muy bien. ¿Sabe que se casó y está viviendo en Inglaterra?»

De inmediato decidí dejar Nueva York y todo aquella absurda situación y volver al trabajo.

Durante el año siguiente, de vez en cuando me fijaba en la letra de las cartas, especialmente en la *e*, que en su escri-

tura era característica. Un día llegó una carta. Enseguida la reconocí. La firmaba la señora tal y, entre paréntesis, Hetty.

Comenzaba así: «¿Te acuerdas de mí, después de tanto tiempo? Yo sí que lo he hecho, pero nunca he tenido el coraje de escribirte». Qué ironía. ¡Ella nunca había tenido el coraje de escribir! Y concluía: «Si vienes a Londres, ven a verme».

Todo parecía extraño y lejano, pero yo iba a ir a Londres. Qué interesante sería verla de nuevo, pero ahora sin el complejo de inferioridad que me acompañaba desde mi juventud. Sería una aventura intelectual. Y, pasara lo que pasara, no supondría una decepción. Soy demasiado reflexivo para eso.

Necesité varias semanas para acabar la película, pero en septiembre de 1921 estaba de camino a Inglaterra. Desembarqué en Southampton y la recepción fue apoteósica, me recibió el alcalde y me esperaban cientos de telegramas para invitarme a todo tipo de banquetes y celebraciones. El entusiasmo era desbordante. El hermano de Hetty estaba en los muelles: ¿estaría ella con él? Nos saludamos calurosamente, pero ¡ella no estaba allí! Después de las entrevistas con la prensa y las demostraciones multitudinarias, cogimos el tren para Londres.

Sonny, el hermano de Hetty, se sentó a mi lado para describirme la recepción que me esperaba en Londres y la bienvenida que me dispensarían. Lo escuchaba cortésmente, pero yo iba sumergido en otros pensamientos: la inquietud que me provocaba reencontrarme con Hetty, qué decirle, cómo actuar. Intentaría ser encantador, sencillo, natural. Puedes esforzarte en ser tú mismo, incluso cuando eres famoso. Sonny y yo nos habíamos quedado solos en el compartimento. No me había dado cuenta hasta entonces,

pero había algo extraño en su apariencia. No me había dicho nada de su hermana, como era usual. Hubo una pausa en la conversación. Miré por la ventanilla los campos verdes, siempre cambiantes. Al final, me aventuré a preguntarle:

«¿Está su hermana Hetty en la ciudad?»

«¿Hetty? Creía que lo sabía. Murió hace tres semanas».

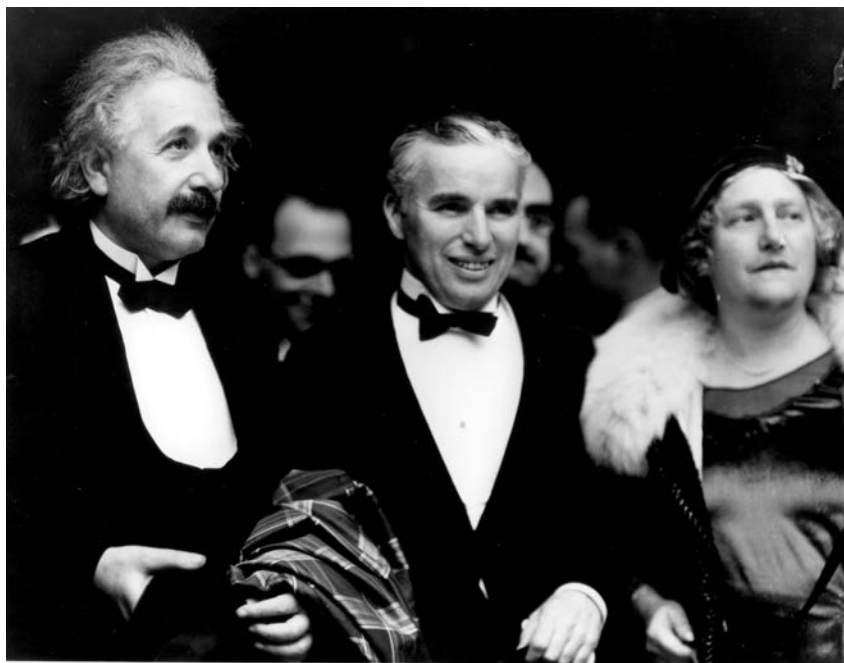
Estaba preparado para cualquier decepción, salvo esta. Sentí que me habían desposeído de algo íntimo y que mi viaje había quedado sin sentido.

Había vivido siempre con un ideal indefinido, una esperanza —nunca analizada con claridad—, pero que siempre estaba en el fondo de mi mente. Consideraba mi éxito como un ramo de flores dirigido a alguien y, ahora, no sabía a quién. Así que decidí soslayar en lo posible futuras decepciones. Es peligroso depender demasiado de otras personas. Las personas crecen, cambian, o de repente se convierten en extraños, o salen de nuestras vidas.

Sentía que Londres no había cambiado. Los pequeños cambios que hubieran podido ocurrir no afectaban a mi impresión general, y si pudiera capturar algunos fragmentos de mi juventud me sentiría ampliamente recompensado.

El día en que terminé mi película *Luces de la ciudad* (1931) supuso un día de alivio extremo. Después de al menos dos años de actividad frenética, ver el «*The End*» fue como acabar una maratón. Normalmente, después de acabar una película me meto en la cama un día o dos para templar los nervios. Pero esta vez quedaba una tarea: componer la música y sincronizarla con la película. Les puedo asegurar que es una experiencia que destroza los nervios, pero finalmente quedó lista para su estreno en Los Ángeles.





Todas las noches de estreno son terroríficas. Siempre siento que la película va a ser un fracaso y que nunca debí hacerla. El público espera el comienzo excitado y entusiasmado. Ojalá pudiera mantener ese entusiasmo hasta el final de la proyección, pues siempre tengo el temor de defraudarlo. Sin embargo, debo pasar la prueba y aceptar lo que los dioses me tienen reservado. Cuando llega la primera risa es como música para mis ansiosos oídos.

Esa tarde cenaron en mi casa el profesor Einstein y su mujer, y después fuimos al teatro. Me senté entre ellos, y de vez en cuando miraba al profesor. ¡Qué hombre más sencillo! ¡Pensar que esa mente pueda gozar de una película con el entusiasmo de un niño! Se reía y exclamaba: «*Ach, das ist wunderbar! Das ist schön!*».<sup>3</sup> Escribiré sobre el profesor, pero más adelante.

---

<sup>3</sup> ¡Oh, eso es maravilloso! ¡Qué bueno!